

Javier MORENO LUZÓN y
Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS

Los colores de la patria. Símbolos nacionales en la España contemporánea,
Madrid, Tecnos, 2017. 452 pp.
ISBN: 978-84-309-7114-5

Estamos ante un libro utilísimo. No es retórica; se trata de una precisa historia de la guerra de banderas en España. Ofrece muchas lecturas, todas ellas provechosas e imprescindibles; y está escrita con estilo limpio y explicaciones claras. Así, todo lector podrá reflexionar, con buenos datos, sobre la persistente zozobra que ha marcado la construcción de la España contemporánea. Además, es una obra necesaria para el presente político, no porque proponga soluciones sino porque ofrece los contextos de las distintas ideas, aspiraciones e intereses que, en cada momento histórico, se han catalizado en torno a banderas e himnos. Por otra parte, constituye una investigación innovadora. Nada menos que dos siglos de historia se ponen al descubierto a través del prisma de «animal simbólico» que, en expresión de Ernest Cassirer, define a todo ser humano. Los propios autores lo recuerdan, y también la prologuista, autoridad máxima en esta faceta de la historia nacional, la profesora Anne-Marie Thiesse, quien subraya cómo los himnos y banderas expresan tanto la sacralidad de una identificación con un espacio nacional o un Estado, como también los cambios y choques entre distintas aspiraciones sociales.

Por eso, el estudio del peso de los símbolos en la construcción de la identidades nacionales en España era una tarea que, aun contando con investigaciones concretas muy notables, necesitaba una elaboración que abarcara el conjunto de las diversas identidades y nacionalismos. La consistente especialización de J. Moreno Luzón y de X. M. Núñez Seixas en historia de los nacionalismos y las propias investigaciones incluidas en este libro avalan la solidez de los análisis desglosados en los sucesivos capítulos que abarcan desde 1785 hasta 2014.

Fue en 1785 cuando la corona española cambió el blanco de la bandera de la marina de guerra por los colores rojo y gualda, para evitar confusiones con el mismo pendón blanco que usaban las armadas de otros reinos. Se inauguró así una historia de símbolos en la que significativamente el poder estatal puso el primer peldaño. Sin embargo, el nudo básico del valor de banderas y músicas se planteó con la revolución liberal y en la simultánea guerra contra Napoleón. Desde ese origen tuvo una doble dimensión, un uso nacional y nacionalizador contra los franceses, por un lado, y, por otro, expreso las diferencias ideológicas entre liberales y absolutistas.

Fue largo el proceso de conversión de un símbolo dinástico en un símbolo nacional. Los autores consideran que dicha transformación se confirmó como realidad social durante la guerra de Cuba, cuando el nacionalismo español tuvo que enfrentarse a un nacionalismo que, como el cubano, le negaba su capacidad de integración. En paralelo, desde la Constitución de Cádiz, las banderas e himnos también adquirieron un significado inédito, el de escenificar la identidad de una opción política. Ya los milicianos del Trienio liberal lucieron escarapelas verdes, color de esperanza en el nuevo poder constitucional, frente al blanco, color de la sumisión de los absolutistas al rey. Es más, el himno de Riego se oficializó como alternativa a la marcha de granaderos con la que se hacía honores a los reyes.

Convivieron entonces marcha real e himno de Riego, aunque a lo largo del siglo XIX la corona y los liberales moderados lograron convertir la marcha real en marcha nacional. Fusionaron progresivamente monarquía con nación, proceso del que se convirtió columna vertebral el ejército a partir de la guerra contra Marruecos en 1859-1860, cuando se propagó la imagen del general Prim enarbolando la bandera rojigualda a caballo con sus voluntarios catalanes. Aunque la marcha real no logró idéntico consenso, la bandera rojigualda se afianzó en el sexenio democrático, tras ser destronada Isabel II, y se

mantuvo con la República de 1873, si bien en el levantamiento cantonal ya apareció la bandera roja como signo de una ideología inédita, la del internacionalismo proletario.

Con la Restauración monárquica (1874), y sobre todo durante el primer tercio del siglo XX, las banderas se convirtieron definitivamente en marcas de identidad de idearios nacionales y de diferentes idearios. En estas décadas las masas populares adquirieron voz directa en los procesos políticos, con el voto y con organizaciones políticas y sindicales de signo obrero, y también se anudaron nacionalismos alternativos al español en Cataluña, País Vasco y Galicia. Esto no solo reactivó el nacionalismo español, sino que además en su seno se abrió una pugna entre quienes identificaron la bandera rojigualda y la marcha real con el trono y el ejército, mientras otros, igualmente patriotas, enarbolaron la bandera tricolor y el himno de Riego, también el gorro frigio y la *Marsellesa*, para significar valores democráticos y de reforma social.

Abundaron las confrontaciones, siempre con banderas al frente. Los nacionalismos catalán y vasco sobre todo, y el gallego en tono menor, abrieron una brecha entre identidades que, sin duda, persiste en nuestra actual sociedad. También las enseñas propias de la clase obrera expresaron quiebras sociales de enorme calado. La dictadura de Primo de Rivera pensó solventar tan profundas grietas imponiendo los símbolos de una España monárquica y conservadora y prohibiendo todos los demás. Sin embargo, a la caída del dictador, la bandera tricolor y el himno de Riego inundaron las calles de toda España en poco más de un año, entre 1930 y abril de 1931, de modo que estos símbolos, minoritarios hasta entonces, eclosionaron como expresión de las esperanzas en una sociedad más libre y más justa. Sin perder tiempo, el 27 de abril, el gobierno provisional de la República decretó como nueva bandera la tricolor, porque a los viejos colores aragoneses sumaba el morado, «insignia de una región ilustre nervio de la nacionalidad». Se lograba así una bandera «armonía de España»,

una España de libertades. También se oficializó el himno de Riego, aunque a nivel popular se interpretó con letras antimonárquicas y anticlericales.

Tras la Guerra Civil, tan prolífica en la subsiguiente lucha de imágenes, músicas y diferentes distintivos de todos los sectores implicados, vino una larga dictadura con la imposición de un único sistema de representación. Por más que fue inculcado por mil y una vías, todas forzosas, sin embargo esas cuatro décadas de dictadura se diluyeron en la transición a la democracia ante la nueva eclosión de libertades que rescató banderas e himnos de las nacionalidades históricas, a la par que abría una etapa de organización autónoma que supuso la ampliación del repertorio de imágenes identitarias en España. Así, hasta llegar al presente, pues el libro finaliza en 2014, pero no es tarea de una reseña resumir todos los contenidos de un libro, máxime cuando los autores dan cuenta cabal de los usos políticos y culturales que de toda la simbología nacionalista se han desplegado en cada etapa de la historia española.

Por eso, baste concluir que, tal y como se evidencia en este libro, las banderas e himnos de carácter nacional siempre cumplen metas nacionalizadoras y nacionalistas, porque aspiran a trascender las divisiones de clase, género y cultura y erigen unas fronteras de lealtad con un territorio. Por eso los choques políticos en torno a estos símbolos nacionales, aunque sean vínculos imaginados, tienen fuerza religiosa y contenidos segregacionistas. Estas y otras muchas cuestiones abiertas a debates son las que se pueden extraer de un libro que resulta imprescindible para conocer la complejidad de nuestra actual sociedad española.

Juan Sisinio Pérez Garzón
Universidad de Castilla-La Mancha